

José Martínez

EL AUYÁN TEPUI

AUNQUE parezca una misión casi imposible, podemos estar perdidos en un rincón remoto del globo terráqueo 24 horas después de salir de casa, si la suerte nos acompaña y podemos ir enlazando todo sin tiempos muertos, sin tediosas esperas ni contratiempos. Hoy, extasiados ante las paredes del Auyán Tepui, nos parece muy lejano todo lo que hemos dejado atrás, los nervios que anteceden a cualquier viaje, las muchas horas de avión, la larga noche pasada en un frío autobús, y el vuelo sobre la selva, que nos ha desconectado definitivamente de nuestro mundo anterior.

La minúscula avioneta tiene que acelerar a fondo para poder despegar. Y lo hace lentamente, sin movimientos bruscos. El ronroneo de su motor hace monótona la primera parte del viaje, en la que lo único destacable desde Ciudad Bolívar es el sobrevuelo de la presa de Guri, una de las más grandes de América. Poco a poco la vegetación va haciéndose omnipresente y me empiezo a poner nervioso porque inconscientemente busco posibles puntos en los que poder aterrizar en caso de emergencia. Respiramos aliviados cuando reconocemos el lugar en el que el río Carrao se precipita formando una serie de cascadas muy vistosas. Estamos en Canaima, la puerta de entrada de uno de los lugares más famosos de la Gran Sabana. El piloto parará sólo lo imprescindible para dejar a las dos indígenas que nos acompañan y continuará hacia Kavac. Le sugerimos que

haga una pasada por el salto Angel, desviándose un poco de la ruta programada.

Esta catarata, la más alta del mundo, fue descubierta por casualidad por el piloto Jimmy Angel, mientras sobrevolaba el Auyán Tepui buscando un lugar en el que años antes había encontrado oro con un cliente. Explorando el borde oriental de este tepui, también llamado Montaña del Diablo, se topó de pronto con un gran salto de agua. Cuando su altímetro le indicó la diferencia de altura entre la cima y la base no lo podía creer. El Churún Merú, bautizado Salto Angel en memoria de su descubridor, tenía casi 1.000 m de altura. Nuestra avioneta parece de juguete a su lado. ¿Y si fallara el motor en estos momentos, mientras alabea para acercarse de nuevo al salto?

Ganamos algo de altura y proseguimos nuestro viaje a media ladera para ir hacia la vertiente opuesta del tepui. El traqueteo que hace el avión al tomar contacto con la pista de tierra de Kavac impresiona. Allí todo se desarrolla con excesiva tranquilidad, como si fueran conscientes de que no hace falta pelear para venderte sus servicios. No hay competencia ni escapatoria posible. Organizamos con calma los bultos y los llevamos hasta la sombra de una gran "churuata", donde empieza la negociación.

Estas sencillas cabañas, donde viven los indígenas, se hacen con muros circulares de bajareque y tejados de palmiche, sin clavos, utilizando solamente fibras vegetales para ensamblar su armazón.



■ La avioneta del capitán Alfonso hizo una parada en Kamarata antes de sobrevolar el Auyán Tepui, cuya silueta se puede ver al fondo





la montaña del diablo

■ *El primer día de marcha hay que avanzar por una gran sabana y superar el primer escalón, una de las terrazas del tepui*

■ HACIA EL MUNDO PERDIDO

Intentamos obtener información de la zona y todos parecen coincidir en que para llegar a pie hasta el Salto Angel no hemos elegido la mejor época, y además son necesarios al menos siete días para subir y cuatro o cinco para bajar. No tenemos tanto tiempo. Nos conformaremos con subir hasta la cumbre Sur.

Nos encontramos en una zona genéricamente conocida como la Gran Sabana, tierra de tepuyes. Este paisaje, único en el mundo, es lo que queda de una enorme capa de sedimentos que fueron depositándose sobre un zócalo ígneo metamórfico con una edad estimada de unos 2.000 millones de años. Los movimientos tectónicos y la erosión posterior fueron vaciando el terreno hasta dejar al descubierto estas fabulosas fortalezas, que casi siempre poseen paredes abruptas en sus flancos. Nos encontramos ante un mundo arcaico y hechizante, ante reliquias geológicas.

Los científicos hablan de islas en el tiempo. Son lugares en los que aún podemos encontrar fósiles vivientes, animales y plantas que se han desarrollado aquí sin interrupciones desde el comienzo de la vida, hace ya muchos millones de años.

Nuestro guía Elio y su hermano se presentan el día siguiente a la hora acordada. Aunque el cielo está gris, pronto empezamos a sudar y nos vemos obligados a parar en uno de los ríos que tenemos que cruzar. El calor es agobiante y nos enfrentamos al primer escalón del tepui a la peor hora del día.

Sobre el papel nos veíamos capaces de hacer dos jornadas en una porque no parecían etapas demasiado largas para hombres recios como nosotros, pero nadie se plantea continuar después de llegar a Guayaraca, el primer campamento. El lugar parece acogedor aunque sólo haya una gran choza. Dentro vemos una gran mesa y bancos para sentarnos a comer, espacio suficiente para montar la tienda bajo techado, palos firmes

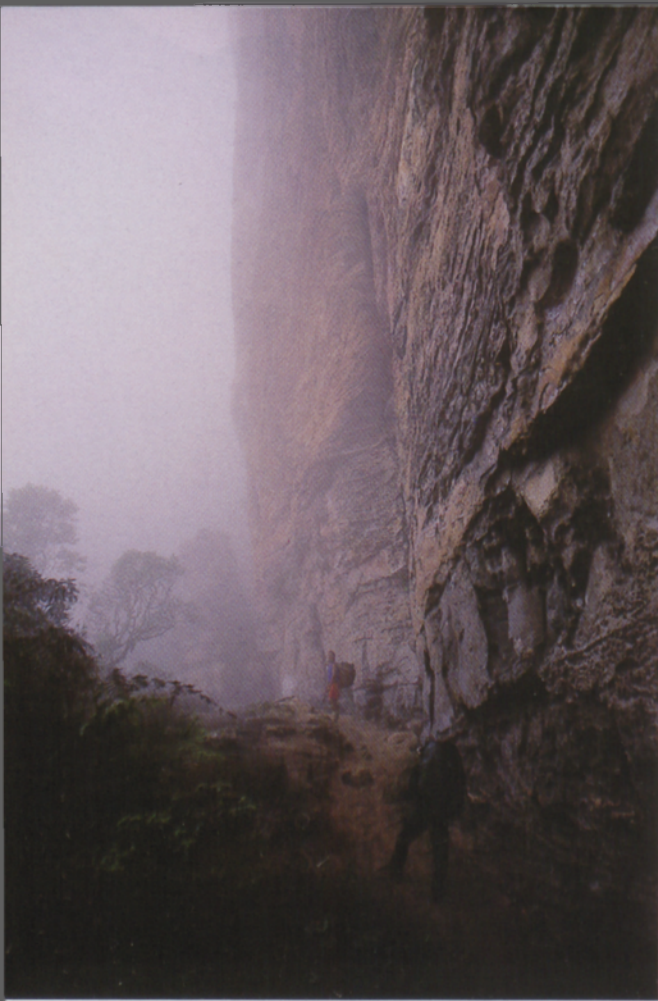
en los que "guindar" los chinchorros, agua potable muy cerca y una gran orquesta que nos amenizará la velada. Cuando cae la noche oímos una maravillosa sinfonía, interpretada por músicos desconocidos.

Jose sale de la tienda a unas horas intempestivas y corre hacia la explanada, con ciertas urgencias, expulsando todo lo que el cuerpo no le tolera en esos momentos. Los comentarios que hace al volver a la cabaña hacen que me levante y me quedo asustado con el espectáculo que veo al salir. Hay cientos de repugnantes cucarachas correteando por cada rincón del campamento. Tratamos de poner toda la comida a salvo y nos metemos corriendo a la tienda, donde encontramos nuevos acompañantes, los "jejenes" o "puri puri", unos diminutos mosquitos que han conseguido atravesar la fina malla que nos aislaba del mundo exterior.

Jose vive una noche de pesadilla y por la mañana se siente mal, sin fuerzas para seguir. Entre todos intentamos convencerle, pero no hay forma, lo tiene claro. Todos sabemos que queda aún lo más duro y no quiere ni oír hablar de pasar un día más en Guayaraca para reponerse. Creemos que lo mejor será hacer dos grupos. Elio seguirá con nosotros para hacer una incursión rápida al tepui, mientras que su hermano bajará con Jose hasta Uruyen, una aldea más cercana que Kavac, donde intentará recuperar su tono vital. Hasta la vuelta. ¡Cuidate!

El Auyán Tepui no es el más alto de los tepuyes, pero sí el más grande, ya que tiene unos 700 km² de superficie, con forma de corazón (40-50 km de largo). El punto más elevado, emplazado en el borde meridional, tiene una altitud de 2640 m, mientras que la parte septentrional sólo alcanza unos 1600 m. En el centro hay una garganta desde la que se precipita el famoso Salto Angel. En esa espectacular pared, los alpinistas Jesús Gálvez y Adolfo Medinabeitia consiguieron abrir

■ *Las churuatas son las sencillas construcciones en las que viven los indios pemón. Desde la aldea de Kavac se podían ver los contrafuertes del Auyán Tepui*



■ La Paloma es un lugar situado bajo la última muralla del tepui

■ Lo más bonito de la ruta es el tramo que hay antes de llegar a la plataforma cimera. Lo encontramos cubierto de nubes



una gran ruta en 1990, un año después de que nosotros, también por una nueva ruta, bajáramos a una cueva situada muy cerca del salto. Sima Aonda (-362 m) era entonces la cavidad más profunda de Venezuela.

■ LA SELVA EN TERRAZAS

Hay un pequeño bosque cerca de Guayaraca y en él nos internamos tras la despedida, encontrándonos a continuación con una nueva explanada en la que el sol cae implacable sobre nuestras cabezas. Ahora sí que se ve bien nuestro objetivo. Avanzamos por un pequeño sendero por el que ha ido encauzándose el agua y Elio nos dice que es el que utilizan los indígenas para ir a pie hasta Canaima. El tramo que sigue es mucho más atractivo ya que nos metemos de lleno en la selva, en un bosque misterioso. Es un lugar encantado que sin embargo nos va a hacer sufrir de lo lindo. Durante un rato avanzamos tranquilos, viendo grandes ceibas junto al camino, pero luego nos enfrentamos a algo bastante menos agradable. El sendero ignora todo trazado lógico y los zigzags desaparecen. La empinada trocha sube directa y cualquier piedra, raíz, o tronco, es útil para apoyarnos y progresar. Quizá esta línea recta sea la única opción posible para que siga existiendo un camino. El agua baja por él en forma de torrente y destruye cualquier intento de colonización. Más que de senda, deberíamos hablar de escalera para cíclopes.

La ruta que estamos siguiendo va superando sucesivas terrazas, cada una de las cuales alberga un universo diferente. Es la única vía de acceso relativamente fácil para coronar este tepui, y por eso fue la elegida por Félix Cardona para subir a esta cumbre por primera vez, en 1937. Este gran explorador catalán, que vivió en la Guayana durante varios lustros, subió otros grandes tepuyes de la zona: Sarisariñama en 1932, Guakini-ma en 1943, Apacará en 1946 y Acopán en 1947.

Estoy exhausto cuando llego al borde de la segunda terraza, me angustia respirar en un ambiente tan húmedo y el peso que llevo me está matando. Menos mal que ya vemos el abrigo donde vamos a pasar la noche, cerca de la gran pared que hay bajo la cumbre. Reponemos fuerzas cerca de un pequeño campamento llamado El Danto y nos disponemos a hacer el esfuerzo final del día. Alabamos la decisión de Jose esta mañana. Lo habría pasado bastante mal.

A media tarde, cuando ya tenemos montado el campamento en El Peñón, aparecen tres guías indígenas que vienen desde el Salto Angel. Acompañaron a un grupo hasta la cascada y allí se despidieron. Los turistas bajaron en helicóptero y ellos han regresado a pie, en dos días, alimentándose la primera noche con palmitos y caminando el segundo día hasta aquí. Es envidiable su vitalidad, su fortaleza después de haber hecho dos etapas tan largas. En muy poco tiempo ya hay hecha una hoguera y está calentándose la cena. Elio pasa la velada con ellos, compartiendo sus risas, su mundo.

■ UNA CIMA CON ISLAS

Lo peor, o lo más pesado, está salvado. Nos hemos levantado temprano, hemos superado una gran rampa para acercarnos hasta la base de la pared y ahora avanzamos a media ladera hasta La Paloma, un curioso lugar situado bajo los últimos contrafuertes de la montaña. Muchas de las aves que anidan en sus paredes vuelan asustadas al sentir nuestra presencia.

Nos queda la parte final, la más bonita de la excursión. La ruta gana altura por un caótico y vasto pasillo en el que vemos grandes rocas desprendidas de la cumbre. Para superar cómodamente los tramos más conflictivos hay instaladas cuerdas fijas, los famosos "mecates". Las nubes contribuyen a aumentar la sensación de misterio e irrealidad que nos envuelve, redistribuyendo los perfiles del decorado a su antojo, creando



■ Sobre la cumbre Sur del tepui hay colocado un gran busto del libertador Simón Bolívar

■ Uno de los "mecates" situados entre la Paloma y la cumbre





■ *Habíamos alcanzado el borde del tepui y no nos sentíamos sobre una cumbre, sino que teníamos la sensación de que estábamos en el corazón de una gran cordillera*

nuevos escenarios continuamente. El agua que hay en suspensión acaricia suavemente a las hojas y éstas la absorben con deleite, adquiriendo una pátina brillante. Carlos corre arriba y abajo para intentar filmar este bello rincón desde todos los ángulos posibles. Le agradecemos el esfuerzo que está realizando, ya que sabemos que es un trabajo ingrato y sacrificado, hecho en un medio bastante hostil.

Una cosa nos impresiona profundamente cuando llegamos a la plataforma cimera de esta montaña, y es que no tenemos la sensación de haber llegado a una cumbre. Ante nosotros hay infinitud de simas, hendiduras, quebradas, turberas, ríos, torreones, arcos de roca, murallas, precipicios, bosques, selvas. Dejamos los bultos en el camino y nos desviamos un poco para subir hasta la cumbre Sur, nuestro principal objetivo en este viaje. Allí vemos un gran busto del libertador Simón Bolívar, subido en 1956 por miembros de la Universidad Central de Venezuela. Elio nos indica donde iremos a pasar la noche. Aunque parece cercano el lugar, tendremos que dar muchas vueltas antes de llegar a nuestro tercer campamento, el Oso.

Una de las características principales de la parte superior de todos los tepuyes es la ausencia casi total de cobertura vegetal. Los suelos están prácticamente desnudos y sólo en algunos puntos se forman curiosas islas vegetales que se aferran como pueden a la roca, rodeadas por aguas someras, superficiales. En estas pequeñas islas hay una feroz competencia de especies que luchan por sobrevivir, formando bonitos "centros de mesa", jardines en miniatura.

El Oso. Vemos el simpático animalito de piedra que da nombre al campamento. El lugar es tan acogedor como el del día anterior, aunque sea de dimensiones más modestas. Es temprano. Carlos, tras comer, prefiere pasar la tarde filmando los alrededores del campamento, pero yo quiero aprovechar las horas que quedan de luz y me voy con Elio a una poza que él

conoce, situada en el fondo de un gran cañón. Va buscando los hitos que ha ido dejando en visitas anteriores y me muestra curiosos rincones de esta peculiar geografía, caóticas piedras con formas y colores extraños, plantas exóticas, profundas grietas que talarán la montaña, atajos inesperados,... y una bella poza de color coñac, que vierte sus aguas a una serie de cascadas que desaguan en el "churún" Merú. Vuelvo feliz al campamento.

■ LA SALIVA DE LAS ESTRELLAS

El color azul del cielo ha ido desapareciendo y unos negros nubarrones se extienden por el horizonte. Tras la cena encendemos una hoguera con la leña que ha acarreado Carlos durante la tarde. Minutos después, ya de noche, un gran fogonazo interrumpe nuestra animada conversación. Caen un rayo a nuestro lado. ¡Qué miedo! Es sólo el principio de la fiesta. Elio, atemorizado, corre a por agua para apagar el fuego. No le ha gustado -nos dice-. ¿A quién, a Tramán Chitá, el dios del mal? Estamos en el lugar en el que viven los "marawitón", los espíritus malignos de los indígenas kamarakotos. Los rayos y truenos no cesan de caer esa noche. El agua va canalizándose y se forma un río sobre la gran roca que nos cobija esa noche.

El amanecer es mágico porque el sol, al despuntar en el horizonte, da reflejos y tonos plateados a la roca húmeda y a las muchas lagunas que se han formado tras el chaparrón de la larga noche. Dicen los indios pemón que esto sucede porque sobre la tierra cae "la saliva de las estrellas". Salimos temprano del campamento. Queremos llegar al borde del tepui antes de que las nubes lo tapen todo.

La sensación de soledad es inmensa. Los tepuyes, las montañas más antiguas de la tierra (entre 2000 y 3500 millones de años), eran prácticamente desconocidas hasta hace apenas siglo y medio, cuando en 1842 las avistaron los hermanos Robert y Richard





Schomburgk, exploradores alemanes al servicio de Inglaterra.

Sus pasos les condujeron hasta la base del Roraima. Tras contemplarlo, boquiabiertos, consideraron que era inaccesible. Así permaneció hasta que Eberhard F. Im Thurn y Harry I. Perkins, de la Real Sociedad Geográfica de Londres subieron a él en 1884. Años más tarde, el escenario de ese tepui se recreó magistralmente en *El Mundo Perdido*, una curiosa novela aparecida en 1912. Su autor, Arthur Conan Doyle, el creador del famoso detective Sherlock Holmes, urdió una trama fantástica para contar cómo el profesor Challenger y tres de sus ayudantes subían hasta una montaña parecida al Roraima. En su cima encontraban los restos de un mundo arcaico en el que convivían dinosaurios y hombres paleolíticos enzarzados en guerras tribales.

Tras el cruce de una complicada zona en la que hay un gran amasijo de raíces interrumpiendo el paso, Elio nos ordena parar bruscamente. Ha visto una serpiente en medio del camino y se dispone a hacerla desaparecer del mapa. Para ello coge una gran vara y desde una distancia considerable le da un latigazo. Su golpe es certero, mortal.

El animal estaba perfectamente camuflado. A partir de ese momento tomamos medidas más drásticas para evitar ser picados por estos reptiles, y ello hace que los resbalones y tropezones sean bastante más frecuentes. Nos agarramos menos a los árboles o a sus raíces por miedo a encontrarnos con algún pariente suyo.

Elio va cogiendo sobre la marcha flechas que le servirán para cazar. Para mostrarnos otra de sus habilidades imita el sonido de unos monos aulladores que escuchamos cerca del camino. Nos escondemos bajo unos árboles y vemos como va engañándolos poco a poco, hasta situarlos sobre nuestras cabezas, a tiro de piedra.

■ SENSACIONES INTENSAS

Las últimas horas de esta larga bajada, en la que empleamos dos días, son tensas y nuestro guía avanza rápido y un tanto nervioso. Sólo al final nos confiesa por qué. El cielo está cada vez más negro y tenemos que cruzar dos grandes ríos antes de llegar a Uruyen. Aunque llevemos demasiadas horas andando, hay que seguir avanzando como sea, antes de que nos sorprenda el "diluvio". Los ríos tienen mucho más caudal que cuando subimos. Superados, podemos respirar tranquilos. El agua ahora es bien recibida y dejo que caiga

directamente sobre mi cuerpo sudoroso. ¿Qué tal estará Jose?, ¿sería grave lo que tenía?, ¿se le habrá pasado ya?, ¿habrá tenido que irse a Ciudad Bolívar? Nuestras dudas se despejan al llegar a Uruyen. En unos días se ha hecho el dueño del campamento. Se encuentra como en casa. Hoy se ha ido de excursión todo el día - nos dice Hortensia-. Nos instalamos en una habitación contigua y corremos a su encuentro cuando le vemos aparecer al final de la tarde.

Mientras escribo esto, unos meses después, vienen a mi cabeza imágenes nítidas de las últimas horas vividas en Venezuela. Pasé miedo al día siguiente en el interior del cañón de Uruyen por la violencia del agua que arrastraba, pasé miedo también en la avioneta del Capitán Alfonso, mientras nos acercábamos hacia las paredes del tepui. Mi estómago estuvo encogido durante todo el vuelo, mientras sobrevolábamos la parte superior del tepui, mientras nos sumergíamos en las nubes que danzaban en sus bordes, mientras contábamos cómo pasaban los segundos sin ver nada, temiendo que a otro chalado se le hubiera ocurrido hacer lo mismo que a nosotros, mientras veíamos acercarse el suelo, hasta casi tocarlo, pendientes del correcto funcionamiento de un único motor que podía pararse en cualquier momento.

Fueron sensaciones intensas. Aunque peligrosas, formaban parte del atractivo juego de la vida. Era la tercera vez que visitaba esa fascinante región y seguía pareciéndome tan apasionante, misteriosa y sugestiva como el primer día que llegué a ella, 15 años atrás. Me prometí regresar en cuanto se presentara una nueva oportunidad. □

■ Rocas de formas caprichosas en la cumbre del tepui

■ Sobre la cumbre del tepui hay ríos de dimensiones respetables. El color del agua es producido por el tanino de algunas plantas



FOTOS DEL AUTOR



INFORMACIÓN PRÁCTICA

MACIZO DE AUYÁN TEPUI

¿CÓMO LLEGAR?

Nosotros viajamos hasta Ciudad Bolívar por la noche, en autobús (23.000 bolívares; 1 euro=2.800 bolívares en el mercado negro), llegando a esta ciudad al amanecer, justo a tiempo para ir al aeropuerto y tomar una avioneta hasta Kavac (105 dólares el viaje de ida y 85 el de vuelta con la compañía Trasmándú).

ACCESO Y PERMISOS

El mejor lugar para iniciar la ascensión es Uruyen, y no Kavac, aldea donde antiguamente se pagaban las tasas de entrada al parque. Es obligatorio contratar un guía local. Nosotros le pagamos 16 euros diarios. Los porteadores cobran unos 13 euros. Lo mejor es intentar no fijar de antemano los días previstos de estancia, ya que de esa forma no os comprometéis a nada y podéis ir modificando el programa a vuestro antojo.

ALOJAMIENTO

Tanto en Kavac como en Uruyen hay cabañas en las que se puede dormir. También hay un restaurante en cada uno de los poblados, aunque no venden provisiones. Hay que hacer las últimas compras en Ciudad Bolívar. Nosotros pagamos 21 euros diarios por dormir, cenar y desayunar.

Para hacer la ruta propuesta no es necesario portear tienda de campaña. Bastaría con una mosquitera que os resguardará de mosquitos y cucarachas.

DIFICULTADES DE LA ASCENSIÓN

Sabíamos que había cuerdas fijadas en algunos tramos y por eso llevábamos bloqueadores, cabos de anclaje y cintas para construir arneses improvisados. No hizo falta nada de eso porque las cuerdas son muy gordas y hay nudos en las mismas para facilitar la progresión. Los meses mejores para visitar la zona son de diciembre a abril, la época seca.

PRECAUCIONES SANITARIAS

Conviene tomar medicación preventiva contra la malaria. Nosotros filtramos el agua durante todo el viaje, añadiéndole además pastillas potabilizadoras. No olvidar antidiarreicos y cremas que os protejan del sol.

DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

El recorrido, tal y como lo hicimos nosotros, puede efectuarse en cinco etapas, subiendo el primer día hasta Guayaraca en unas 5 h, después de dar un gran rodeo por la falda del Auyán Tepui. Hay que cruzar dos grandes ríos antes de superar el primer escalón.

El segundo día hay que atravesar otra gran sabana antes de ingresar en un tupido bosque en cuyo interior está la parte más dura del recorrido, la gran cuesta que antecede al Danto (3 h 15 min), un abrigo rocoso pequeño y con mucha humedad. Si quisiéramos subir a la cumbre en dos jornadas tendríamos que pasar la primera noche aquí. El agua está a unos 15 min del campamento, en un río que existe un poco antes de enfrentarse al siguiente repecho, el cual os irá acercando hacia las paredes del tepui, bajo las cuales hay un gran campamento conocido con el nombre de El Peñón (1700 m; 5 h). Hay agua muy cerca.

El tercer día habrá que superar una empinada rampa para situarse bajo la pared (2080 m; 1 h 5 min). Luego faldearemos hacia la izquierda hasta alcanzar La Paloma (1 h 40 min). Hay cinco pasos instalados con cuerdas fijadas antes de llegar al borde del tepui (2 h 45 min). Desde allí se puede ver El Oso. Sería fácil llegar a él si existiera una línea recta como camino, pero eso no es sencillo ya que hay que ir salvando algunos barrancos que se interponen en el camino. Para superarlos hay instalados otros cuatro mecates. Aunque El Oso es un abrigo más pequeño que el del día anterior, también resulta cómodo y acogedor (5 h 15 min).

Se puede bajar en dos jornadas hasta el punto de partida. Nosotros dormimos el primer día en El Peñón (5 h) y el segundo tardamos 7 h hasta Uruyen. Kavac está a unas 2 h de este campamento.

PARTICIPANTES

En este viaje, realizado en mayo de 2004, participamos José F. Gallardo, Carlos Sánchez y José Martínez, de la Agrupación Espeleológica GET MADRID.

BIBLIOGRAFÍA

- CONAN DOYLE A. *El Mundo Perdido*. Ed. Valdemar, 1996.
- WEIDMAN K. *La gran sabana*. Oscar Todmann Editores, 1986.
- NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY. *Aventuras en tierras lejanas, tomo 1* (China, Islandia, Venezuela). Ediciones Folio, S.A., 1993.
- SEKINO Y. Canaima, *El Mundo Perdido de Arthur Conan Doyle*. Grupo Anaya, S.A., 1991.